

-No sé...

-A ver, Ángela -dijo Renzo, usando el tono que ella acataba.

-Bueno, están los escotes en V, redondos, bote -encontró algo para decir-. Los escotes en la espalda que se empiezan a usar este verano son más difíciles.

Renzo se endureció de pronto.

-¡No jodas, Ángela! Que después te explique la piba esa que se sienta al lado tuyo... La que te pidió prestada la tijera profesional que te regalé y, de paso sea dicho, te la arruinó.

Ángela estaba triste.

-Está bien -dijo. Y se puso a mirar hacia afuera por la ventanilla. Hacia afuera y hacia arriba, buscando algo que volara.

Un rato después estaba tendida sobre una cama. Descalza, enteramente vestida y con las piernas recogidas contra el vientre.

Renzo la tomó por los pies y la estiró despacio:

-Hoy tenemos visita del inspector.

-No tengo ganas -pidió Ángela.

-Pero los inspectores caen por sorpresa, mi amor. No le preguntan a la gente si tiene ganas.

Iba a comenzar un rastreo minucioso, olfato de sabueso entrenado en detectar impurezas, olores menoscabados, cualquier lesión en la pulcritud y en la hermosura. Ángela soportaría la inspección detallada de su cuerpo con los ojos fijos en el techo.

Primero las uñas de este pie: número uno, cuadradas, dos, tres, cuatro, pintadas, cinco, de un color suave pero denso. El otro pie. Controlar el contorno de cada talón

para asegurarse de que no hubiera ningún detrimento en la tersura.

Ángela creyó ver un insecto oscuro y terco que pasaba volando, pero no pudo saltar para atraparlo. Escuchó el juicio de Renzo sobre su vientre.

-Aquí está faltando un poco de trabajo -y le pellizcó la piel.

Renzo le quitó los pantalones blancos, la camisa a rayas grises y rosadas, la seda. Le separó las piernas para ocuparse de lo más estricto. Ángela cerró los ojos.

La primera inspección de aquel noviazgo, que llevaba ya cuatro años y medio, había sido divertida. A lo mejor porque Renzo comenzó como si fuese un cuento.

*En un lejano país, las esposas del sultán tenían una importante obligación. Más importante que saber cantar o darle hijos varones. Si la esposa que el sultán elegía esa noche no estaba preparada, toda suave y con olor a recién nacida, perdía sin remedio el amor de su esposo. Y según la crueldad del sultán, era devuelta a la casa de sus padres, desnuda y sin dientes. O apedreada, o decapitada por un eunuco del palacio.*

Renzo trepó sobre Ángela.

Ángela, clavada contra su propia belleza, sacudida por fuera y, sin embargo, inmóvil por dentro, recordaba las palabras del yuyero boliviano.

*Buscás con la mirada algo que vuele y saltás, Ángela, para atraparlo. Algo que vuele, Ángela, y saltás para atraparlo. Saltás para atraparlo, Ángela.*

Llegó diciembre a la ciudad vieja.

Los sucesos se fueron trenzando hacia la tragedia que llegaría, pronto, a reclamar los destinos que le pertenecían.

Ángela aprendió a cortar escotes aunque su delgadez comenzaba a quebrarle el pulso. Mijaíl pasaba los domingos en casa de Graciela. Renzo aprobó sus exámenes.

Diciembre. Faltaban dos meses para el carnaval del mundo. Y, sin embargo, había personas que ya podían olfatearlo.

Diciembre y su característico ajeteo de compras. Ángela y Graciela no pudieron casi intercambiar palabra de tan concurrida que había estado la tienda. Era habitual tanto movimiento en las cercanías de las fiestas navideñas.

Las mujeres empezaban a conversar pero la charla se interrumpía enseguida sin que Graciela lograra entender qué era tan grave para que Ángela hubiese llegado a trabajar con semejante cara.

Cuando la tienda regresó al reposo, al silencio de la ropa colgada, y pareció que al fin las dos mujeres iban a poder dejar de adular y asentir y favorecer sin medida, sonó el teléfono.

Graciela atendió y habló un largo rato con la señora dueña de *Lyon*. Antes que nada le pasó el parte de las ventas de esa mañana. Póngase contenta porque diciembre empezó de maravillas. Sí, sí... Ya recibimos el pedido de vestidos de noche. En este momento Ángela los está colgando en las perchas.

Pero no era cierto, porque en ese momento Ángela estaba acodada sobre el mostrador. Se irguió sobresaltada, con vergüenza por obligar a Graciela a mentir en su favor.

Abrió rápido el cajón de las chucherías: un centímetro, pañuelos descartables, algunos caramelos envejecidos, una estampita. Ángela encontró la tijera que necesitaba para abrir los envoltorios y comenzó a realizar su trabajo.

Graciela seguía hablando. Sí, sí, claro. Ya teníamos pensado cambiar la vidriera. Sí, claro. Con algún motivo navideño. Y esa salud, ¿cómo anda?

Se quedó escuchando durante más de diez minutos. Sus exclamaciones y gestos iban de la extrema preocupación al alivio.

Es cuestión de tener un poquito más de paciencia, y quédese tranquila que por acá anda todo muy bien.

Graciela cortó. Miró a Ángela y resopló como cuando sumaba.

-Ya le han hecho de todo a la pobre, y no hay caso. Al final ya lleva así, ¿cuántos?, casi ocho meses. ¿No te acordás, Ángela, que cuando llegaste era solamente por unas semanas? Y ya van ocho meses. La familia insiste con la úlcera... La úlcera no pasa de un límite y un color. Yo la veo todos los viernes, viste que le rindo la plata, y la encuentro cada vez peor -Graciela miró la hora-. Controlemos los vestidos y los vamos colgando... Porque para ser úlcera me parece demasiado -acomodó una etiqueta-. Este es un sueño, si hay en talle más grande me llevo uno y lo pago en dos veces -subió un cierre-. Yo tengo un mal palpito. Y es raro que un palpito me falle. Cuando la señora muera, la familia se va a sacar la tienda de encima. La hija gana buena plata con la arquitectura, y ya sabemos cómo es, ni se digna a pasar. Creo que una sola vez se llevó un abrigo y parecía que nos estaba

haciendo un favor. El hijo menor no vuelve de México para meterse a tendero...

Recién entonces Graciela se acordó de la conversación interrumpida:

-Al final, nena, no me contaste la causa de esa cara que trajiste.

Ángela había vaciado dos cajas.

-No...

Ángela solía comenzar con una negación.

-No, es que a veces me canso.

Ángela debía explicar algo que apenas intuía y no pudo hacerlo. Quiso definir infiernos y, en sus palabras, no aparecieron más que espantajos de feria. Quiso dibujar el miedo más atroz y solamente consiguió trazar monstruos infantiles, una escoba con orejas de elefante, una sábana con ojos. Ángela no pudo hacer nada mejor que eso.

Graciela la desaprobó con la mirada. Por esas pavadas no tenía que ponerse tan mal. El chico era divino y la atendía como a una reina. ¿Se ponía un poco nervioso porque ella le prestaba a cualquiera unas tijeras carísimas? ¿Le hacía notar que tenía los pantalones arrugados? Eso significaba que la quería.

-Se recibe y se casan, ¿te parece poco?

-No, si tenés razón.

-Cuidado, Ángela. Que hay más mujeres que hombres.

-No, si tenés razón -Ángela llenaba con culpas su estómago vacío.

-¿Comiste algo?

-Todavía no.

-Hablando de comer...

Para entonces, Graciela ya agasajaba a Mijaíl con comidas caseras. A los cuarenta y tres años, decía ella, no se puede perder tiempo ni ocultar virtudes. Por eso se había esmerado la noche anterior, en la cocina minúscula de su departamento, horneando una tarta de manzanas.

-Ahí está Mijaíl -dijo Graciela-. Cruzo y se la llevo. Pero antes me arreglo un poco.

Ángela oyó el orín y la canilla.

-Te traigo una porción -anunció Graciela desde el baño.

-No te preocupes. Igual, no tengo hambre.

Graciela reapareció con la voz estirada, porque estaba pintándose la boca.

-Si hasta el boliviano la va a probar -se restregó labio contra labio-. ¡Cómo no te voy a traer!

Buscó el paquete que había guardado bajo el mostrador. Sonrió como una novia, y salió.

Graciela disfrutaba los elogios grandilocuentes de Mijaíl a su tarta de manzanas. Enfrente, una mujer de canas saludables entraba a Lyon.

-Buenas tardes... ¿O buenos días?

-Buenos días -dijo Ángela-. ¿En qué puedo ayudarla?

-Busco una blusa blanca de mangas cortas. De algodón, por favor.

Mientras caminaba hacia el perchero, Ángela creyó que debía hablar.

-La verdad... Con este calor en diciembre qué podemos esperar para enero.

-Más calor, hija -dijo la mujer.

No hubo burla en su comentario. En todo caso, la intención de evitarle la molestia de hablar si no tenía ganas.

Ángela apartó las perchas buscando el talle adecuado. Finalmente, sacó tres blusas blancas, de mangas cortas y puro algodón. La mujer las miró desplegadas sobre el mostrador y señaló una sin vacilaciones.

-Voy a probarme esta.

Ángela recorrió la cortina.

-Pase a probarse, por favor.

Volvió a correrla y se quedó esperando. Vio, por debajo, los pies de la mujer. Y por los zapatos, marrones, bajos, maternales, pensó que debía ser buena.

-Si quiere puede mirarse en este espejo, hay mejor luz.

La mujer salió del probador con una sonrisa. Se paró frente al espejo. Ángela detrás, sonriendo también.

Cuando era una niña Ángela bailaba. Y más que en ningún lado, le gustaba bailar frente al espejo del dormitorio de sus padres.

Se paraba allí, los brazos arriba, el cuello enhiesto, el torso erguido, las piernas como agujas.

-¿Qué te enseñaron hoy, Ángela?

-A saltar, mamá. A volar.

-¿A volar, Ángela?

-Sí mamá, a volar.

-¿Es difícil?

-Es fácil...

-¿Y volaste muy alto?

-Sí, mamá. Muy alto.

La clienta de *Lyon* recibió su vuelto y la bolsa con su blusa. Al salir se cruzó con Graciela, que regresaba de la plaza, alborotada y divertida.

-¿Qué compró?

-Una blusa.

-¿Anotaste?

-Ahora.

La palidez de Ángela era violenta.

-Nena, te hace falta respirar aire fresco. Cruzá a la plaza, yo me quedo y anoto la venta.

Cuando Ángela se iba, Graciela la llamó:

-¡Nena!

Ángela se apoyó en la puerta para escucharla.

-Hay que hacerlo hablar a Sabino. No sé qué tiene adentro, qué yuyito del cielo como dice él, pero parece...

No un loco ni un mago, no un borracho ni un alma, no un príncipe ni un pájaro.

-Ángela de *Lyon* -le dijo Sabino como si la coronara-. Ángela de *Lyon*, buenos días -le dijo Sabino Colque, que no necesitaba preguntar para saber que esa mujer no había comido en muchas horas.

Mijaíl envolvió los restos de tarta de manzana, y luego guardó el paquete en su bolso de cuero. El vendedor de harinilla tenía asuntos que lo apuraban. Le preguntó a Ángela cómo estaba Renzo mientras le hacía a Sabino un amago de boxeo.

-Hay que hacer hablar a Sabino -dijo, igual que había dicho Graciela.

Ángela se sentó y miró a Colque detenidamente para ver si podía encontrar la palabra que a Graciela le había faltado. No loco ni pájaro. No borracho ni alma.

—¿De qué estuvieron hablando con mi amiga? —preguntó Ángela.

Sabino demoró en contestar.

—De mis tíos Colque, sanadores.

—¿Viven en Bolivia?

—No viven.

Los ojos de Sabino Colque estaban cargados de muchos otros ojos, negro sobre negro a través de los siglos. De nuevo, el yuyero había provocado que Ángela quisiera entender mejor. Sin embargo, cuando la mujer preguntó, Sabino se encogió de hombros.

Lleno de humo como estaba, Sabino Colque se puso a cantar mirando un lugar vacío. Eso facilitó las cosas para Ángela, que quería llorar sin preocupar a nadie, sin pedir disculpas y, sobre todo, sin taparse la cara. Sabino cantó hasta el final del llanto.

—Ángela de Lyon tiene su pena —dijo Colque—. Bonita Ángela que se está volviendo de papel.

Aquel día fue imposible para ella aceptar que quería estirar la mano y tocarle la boca. Así que prefirió creer que debía volver a la tienda.

—Me voy —dijo.

—Igual dije yo, hace algunos años, en Tarabuco.

Sabino Colque tenía veinticinco años en Tarabuco, lugar donde la edad suele pesar el doble.

La idea de irse a una ciudad grande y lejana había empezado a rondarle como las gallinas en el patio de tierra. Al principio, lo mismo que hacía con las plumosas, Sabino espantó esas ideas. Aunque estaba seguro de que por mucho que intentara apartarlas, volverían. Y terminarían por ganarle la voluntad.

Su prima era un poco mayor.

Ahora llegaba tarde a la casa familiar y, muchas veces, pasada de chicha. La prima se pintarrajeaba demasiado, según decían las mujeres grandes de la familia. Y esa madrugada las lágrimas le estropeaban el polvo de la cara. Sabino Colque había jugado con ella durante toda su infancia, de modo que podía tocarla sin recelo. Quiso limpiarla porque le pareció que la prima debía estar incómoda con esa pasta deshecha en la cara y tanta chicha adentro. Buscó un trapo húmedo y se acercó.

Limpió una vez sobre las mejillas y la boca. Sacó una mancha rosada, de perfume excesivo. Arrastró el trapo sobre los párpados y salió un verde luminoso. Sabino siguió sacando con cuidado. Debajo de la capa de colores había otra, amoratada y dolorosa. Limpió, Sabino, y en el trapo quedó una paliza reciente. Cuando sacó toda la capa de paliza encontró otra capa de maquillaje barato. Pasó una vez por las mejillas y la boca, después limpió los párpados y sacó color celeste.

Debajo de esa capa de colores había otra, de sangre seca y piel lastimada. Sabino limpió, y quedó en el trapo una paliza de borracho. Cuando sacó toda esa paliza, encontró otra capa de maquillaje. Debajo otra capa de paliza. Y debajo, otra de maquillaje.

—Me voy —anunció Sabino en Tarabuco.

Ángela hablaba con un caramelo en la boca para que Graciela no la entendiera bien. Porque Ángela, en verdad, no quería hacerse entender. Más bien se esforzaba en parecer insensata de modo que Graciela le señalara con firmeza la única dirección posible. Desde la muerte de su madre, Ángela buscó tutores inflexibles que no le dejaran alternativas.

Obedecer la tranquilizaba.

Y Graciela la escuchaba, fatalmente, desde sus oídos, desde su realidad de señorita con párpados caídos. Sin masticar envidia. Pero haciéndole notar, por sincero cariño, las bendiciones que había recibido. Por ejemplo, ser novia de un chico como Renzo, por ejemplo, esa cara divina que Dios le había dado. Graciela se colocaba a sí misma en el extremo opuesto: sin un hombre que la acompañara, cenando sola todos los días, obligada a estar sana porque si se enfermaba, ipobre de ella!

Después, le advertía sobre los riesgos de escupir al cielo.

Ángela quería ser una niña para siempre. Y adelgazar era un modo de lograr que su infancia no acabara de irse. Adelgazar hasta que le subiera el cierre de la pollera tableada que su madre le había regalado a los trece años, adelgazar hasta que todos, a su alrededor, la vieran por dentro.

Incapaz de sostener el peso de la vida, Ángela esperaba que alguien llegara a colocar el mundo en su sitio.

Por eso se sentó en el banco junto a Sabino y lloró. Quiso tocarle la boca. Se levantó de pronto, se fue. Y si eligió a Sabino fue porque el yuyero parecía una estatuilla de barro.

Pero Sabino era un hombre. Y fatalmente se sacudió el largo sopor que había acumulado en aquella ciudad ajena. Recordó la hombría de Tarabuco. A los tíos Colque, que, viejos y borrachos, atravesaban a la mujercita que quisiera reír. Sabino comprendió que Ángela estaba haciendo atrevimientos para que la disciplinaran. Y así se disfrazó de estatuilla de barro para que un día, fatalmente, ella abriera los ojos con un tarabuqueño encima.

Brillante alumno en las aulas de Odontología, muchacho de buen rostro y buena altura, Renzo sabía moverse por la casa de Ángela como sombra de zorro.

Ángela tenía un padre y un hermano menor, no tenía una madre. La falta de esa tutela amorosa le dio a Renzo el espacio del zorro. Y su juego.

Sentado a la mesa, frente al padre de Ángela, Renzo lamentó muchas veces no haber conocido a su esposa, que en la foto de la repisa se veía muy bella.

Sentado en el sofá, junto a Ángela, Renzo lamentó muchas veces el desaliño del viudo, casi sucio. Y bebiendo demasiado coñac.

Pero a escondidas extendía un billete que el padre de Ángela aceptaba, cada semana con menos vergüenza, para comprar el coñac que ya le resultaba indispensable.

Porque aquel hombre iba decidiendo que la desconsoladora belleza de su hija debía servirle, cuanto menos, para aliviar el frío de la viudez.

Brillante sombra de zorro que supo afianzar su alianza con el hermano menor de Ángela. Renzo entendió que sería fácil la noche en que el muchacho entró de improviso a la cocina, y lo encontró sacudiendo a Ángela por el cabello.

-No te preocupes. Son cosas de novios... Te aseguro que esto no pasó nunca, y no va a pasar nunca más. ¿Es cierto, Ángela?

-Es cierto.

Pero el hermano de Ángela se encogió de hombros, abrió la heladera, tomó agua de la botella, los miró un instante mientras buscaba con el dedo índice alguna suciedad adentro de su nariz, hizo una bolita que pegó en el canto de la mesa. Y se fue.

Después, resultó tan sencillo como regalarle alguna ropa de marca en desuso. Y prestarle, de vez en cuando, la llaves de su auto para que diera una vuelta por el barrio.

La foto de la repisa podía llorar todo lo que quisiera y denunciar la sombra de un zorro andando por su casa, mancillando a su hija y alimentando la cruda indiferencia del más pequeño. Pero el viudo jamás iba a notarlo porque estaba demasiado absorto en su luto. Embebido en coñac.

Para Renzo, el único infierno posible era el fracaso. El sitio al que no quería ir ni antes ni después de muerto.

"¿Ves?, acá vas a estar vos cuando seas grande." Y el dedo de su padre se apoyaba con fuerza entre Renoir y Rotterdam, Erasmo de.

Allí tenía que llegar, exigía el juego, a la *Enciclopedia de Genios y Celebridades*: Renoir, Renzo, Rotterdam, Erasmo de.

Si hubiese debido describir el fracaso, lo habría hecho como un lugar en forma de anillo que se apretaba a un centro oscuro y viscoso. Un acoso del que sólo se podía escapar por ascenso.

Contra el fracaso, Renzo desplegaba una rutina de salvación: poseer, adueñarse. Y sobre esa acumulación de posesiones, entre ellas Ángela y su belleza, encaramarse y abrir los brazos.

"¡Llegué, papá! ¡Mirame!"

-¿Tuviste que vomitar en navidad?

-No quise...

-No habrás querido, pero vomitaste frente a toda mi familia. ¿Se puede saber qué carajo te pasó, Ángela?

-Me sentí mal.

-Debe ser porque estás acostumbrada a comer esos guisos de mierda que hacen en tu casa.

-Ya le voy a pedir perdón a tu mamá.

-A mi mamá no la vas a ver por mucho tiempo.

Veintiséis de diciembre era un buen día para vender aloe contra la acidez. Manzanilla contra la inflamación estomacal y romero contra los espasmos del hígado.

Sabino ya había completado su recorrido matinal. Una vecina le regaló una fuente de plástico llena de turrónes en

pedazos y otras cuantas confituras que el yuyero compartía con su perro.

—Coma, Primo, que hoy estamos de suerte.

Mijaíl no había ido a la plaza, estaría purgando la borrachera navideña. También Sabino se había emborrachado con sus paisanos. Pero como no podía darse el lujo de perder la venta segura que venía después de las comilonas y como purgar en la pieza de la pensión era peor que purgar al aire libre, salió nomás. Y hasta entonces, andaba bendito.

—Nos falta la sidra, Primo.

Un rato después, cuando Sabino y Primo habían terminado el festín, Ángela y su novio salieron de Lyon. Cruzaron la calle. Renzo lo miró fijo, sin saludarlo. Ángela lo evitó.

Se sentaron en un banco cerca de Sabino, y hablaron. Él cada vez más alto, hasta que empezó a gritar.

—¿Tuviste que vomitar en navidad? ¿Qué carajo te pasó, Ángela?

—Ya le voy a pedir perdón a tu mamá.

Cuando Sabino Colque llegó a esa ciudad, creyó necesario reír bajito de la gente que hablaba dando gritos tal como si estuvieran en la otra orilla, o arriba de un árbol. ¿Y a qué gritaban, si ni siquiera estaban felices o enojados?

Con el tiempo, Colque aprendió a soportarlo sin reír, y tampoco ofenderse. Aprendió también a distinguir, entre tantas voces exageradas, las que volvían de la felicidad, las que iban hacia la furia.

Cualquier día habría sido malo vomitar en público. Pero ninguno tan malo como la navidad. Su madre se lo dijo. “La verdad, Renzo, no sé qué pudo pasarle a tu novia, pobre, pero en qué mal momento se descompuso, con tantos parientes. ¿Viste la cara de tu abuela?” Sí. Renzo había visto la cara de todos cuando Ángela se levantó de la mesa, balbuceó alguna cosa, corrió la silla sin ninguna cortesía y, de pronto, se dobló sobre sí misma. El ruido de las arcadas, eso los había espantado, ¿no pudo llegar al baño, esa chica? Después nadie quiso seguir comiendo, y a la abuela, presuntuosa por la tradición de su vitel toné, se le opacó la fiesta.

Sabino tenía veinticinco años cuando dijo: “Me voy”. Lo dijo una sola vez y todos le creyeron. Hay gente, como los Colque, a quienes los aspavientos les parecen de mala educación.

—¿Cuándo? —le preguntó su madre.

—Pronto.

En los días siguientes se habló muy poco sobre el asunto. Y sin embargo la familia, empobrecida como estaba, y aun envilecida en algunas de sus extensiones, se ocupó del festejo de despedida. Con eso lo ayudaban a fortalecer su decisión de marcharse y le estorbaban la cobardía de un regreso inmediato. Porque es grande para un hombre el peso de una fiesta donde todos le dicen adiós.

En casa de los Colque la música sonó muy alta desde la media mañana del domingo. Construida de lado a lado en un terreno desparejo y pedregoso, la casa familiar estaba, como ellos, deteriorada. Y como ellos, era mestiza.